

Pbro. Florencio Hofmans, S.T.D.
Profesor de la Facultad de Teología de
la Universidad Católica de Chile.

FE Y OBEDIENCIA

Con la cuestión del latín es la primera vez que se plantea para mí el problema de la obediencia” (1) me escribía recientemente un sacerdote de origen y temperamento anglosajón, que acaba de regresar de Roma después de haber vivido allí siete años.

Una Priora Carmelita buscando mayor fervor, fidelidad y simplicidad en su vida diaria, hacía esta consideración: “Lo único que deseo es que en la próxima elección de priora no sea elegida nuevamente, así podré sólo obedecer y estar segura de cumplir la voluntad de Dios”.

Un tercer hecho, que sucedió hace algunos años durante el viaje de Nikita Kruschev por Francia. Mientras viajaba en tren, los periodistas le preguntaron qué le parecía el cristianismo, teniendo en cuenta que se hallaba en un país cristiano: “Lo encuentro muy bueno, contestó, pero no comprendo una cosa: el Evangelio recomienda a los cristianos que cuando se les abofetea en la mejilla derecha, presenten la otra. Si esto me sucediera a mí, agregó, yo la devolvería inmediatamente, y con mucha probabilidad lo haría con una fuerza tal que le separaría al adversario la cabeza del tronco”.

Kruschev —como los marxistas en general— cree que los cristianos tienen que “aceptar” la voluntad de Dios y no pueden luchar por la justicia. Por esto consideran a la obediencia cristiana como una fuerza contrarrevolucionaria.

Estos tres ejemplos muestran tres aspectos fundamentales del problema de la obediencia en su relación con la fe cristiana: a) obediencia a la Jerarquía; b) obediencia en la vida religiosa; y c) obediencia como concepción de vida.

Comenzaremos por este último punto fundamental, que nos servirá para resolver los otros problemas.

I. LA “OBEDIENCIA” COMO ACTITUD CRISTIANA FUNDAMENTAL

Los marxistas al atacar la obediencia cristiana se enfrentan a la actitud cristiana fundamental; pero lo hacen por ignorancia, no siempre sin culpa de nuestra parte. ¿Cuál es, de hecho, la doctrina de Cristo?

Que la obediencia sea la actitud fundamental practicada y exigida por Cristo no cabe duda: “He bajado del Cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 6, 38). “Siempre hago lo que es de su agrado” (Jn. 8, 29).

Todos conocemos la súplica dolorosa y la firme resolución en el Huerto de los Olivos: “Padre, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22, 42). Además, nos enseñó a orar: “Padre nuestro... hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo”.

(1) Se trata de la Constitución Apostólica *Veterum Sapientia*, cfr. *Teología y Vida* 3 (1962) pág. 123, y en este número.

¿Cómo entender estas palabras: "hágase Tu voluntad"?

Los marxistas interpretan: "Los cristianos aceptan la existencia de Dios, de un Dios absoluto, que ha decretado todo el orden real existente, aunque sea manifiestamente injusto; en especial no pueden rebelarse contra el orden establecido y un régimen "legítimo"; de hecho, el cristianismo sustenta las fuerzas opresoras de la humanidad".

La impresión que ofrece un gran número de cristianos, respecto a esta petición del Padrenuestro, nos lleva al otro extremo. La "voluntad de Dios" parece ser una serie de mandamientos que tienen que guardar, prácticamente el Decálogo. Pero la vida ordinaria, común y corriente, como el matrimonio, la profesión, las relaciones sociales y comerciales, las diversiones, etc., todo esto forma un sector separado que cada uno elabora a su gusto. Los mandamientos hay que guardarlos para la vida eterna; la felicidad aquí en la tierra hemos de buscarla fuera de estas normas y deseando que no haya demasiados choques entre los dos órdenes. Hay que agregar que no es raro encontrar católicos que piensan (consciente o inconscientemente) tener plena libertad de interpretar el Evangelio y las declaraciones eclesiásticas como quieren, siempre que practiquen algunas formalidades sacramentales bastante estrictas.

Esta tendencia de "libre interpretación" no es de índole protestante ya que el protestantismo quiere ser obediente, trata realmente de comprender el Evangelio y de conformar su vida con la de Jesús (aunque no aceptan en esta búsqueda un magisterio instituido por Cristo).

¿Qué pensar de esta indiferencia? ¿Qué nos dice el Evangelio a este respecto? ¿Cómo la fe nos indica la "voluntad de Dios"?

LA "VOLUNTAD DE DIOS" SEGUN EL MARXISMO, EL CONFORMISMO Y EL CRISTIANISMO

Para el marxismo es muy simple (y por consiguiente atrayente): no hay Dios, la voluntad de los hombres es la voluntad suprema; el hombre debe construir un paraíso terrestre estando en la base la justicia, y para lograr este fin todos los medios son lícitos.

Para el conformismo existe el orden actual, incluso sus injusticias y esto es querido o al menos permitido por Dios. Los hombres tienen que aceptar este orden. Existe una Providencia Divina que ha decretado desde la eternidad todo lo que pasa en nuestra vida y en el mundo: enfermedad, guerra, buena o mala suerte, etc.

Estas dos concepciones tienen una parte de verdad pero están separadas por un abismo de la doctrina evangélica.

Para Jesús existe un plan divino, por cierto, pero este plan es el *Reino de Dios*. Ahora bien, este Reino, que es el gran y único mensaje de Cristo, exige de todos sus seguidores una elección terrible: tenemos que sacrificarlo todo, el Reino es lo único necesario. Es la perla preciosa y cuando se encuentra, es preciso vender todo cuanto tenemos para comprarla; es el tesoro escondido en un campo, y el labrador que lo encuentra, estupefacto, lleno de alegría, vende todo lo suyo para comprar este campo (Mt. 13, 44-46). Es decir: el Reino de Dios no es cosa de devoción, de ir a misa los Domingos o hacer oración de la noche, sino que *es toda una vida*. Es imposible transigir y por esto es imposible servir a Dios y a las riquezas: "Nadie puede servir a dos señores" (Mt. 6, 24).

Con la venida de Cristo, Dios establece su Reino en la tierra. Por esto Jesús exige de nosotros la fe en su persona, en su doctrina, en su empresa. No acepta ninguna disculpa: ni un amor, ni un matrimonio, ni la compra de cinco yuntas de bueyes, ni la de un nuevo campo, nada puede entrar en competencia con el Reino de Dios (Lc. 14, 15-24). Cuando lo ignoramos, nos semejamos al torpe general que, sin deliberar, enfrenta a un adversario mucho más numeroso, o al "nuevo rico" que, sin calcular, empieza a construir una torre que no puede concluir, lo que le acarrea la burla de los demás (Lc. 14, 25-35).

En resumen, Cristo nos pone frente a la gran decisión: ¿Creemos en El y en su Reino o no? ¿Estamos dispuestos a vivir enteramente con este fin? Esta es la obediencia fundamental, es la confianza en que el mundo ha cambiado, que tiene otro sentido, que hay un nuevo régimen: ésta es la "obediencia de la fe" (Rom. 1, 5); la misma fe es la mayor de todas las obediencias. La obediencia no es un esfuerzo heroico de pasividad; el santo cristiano no es el más impasible de los hombres. Por el contrario, el cristianismo es una renovación casi imposible y la santidad cristiana la actividad suprema.

¿Hay, entonces, alguna diferencia entre la concepción marxista o humanista y la cristiana? Evidentemente sí, y la diferencia es enorme, no sólo respecto a los medios, que según el cristianismo deben respetar siempre la dignidad humana —aun la de los mismos adversarios de la justicia del Reino de Dios—, sino sobre todo porque según el Evangelio el reino es un *DON DE DIOS*. Esto de ninguna manera significa que el hombre no puede hacer nada, como veremos inmediatamente, sino que no podemos concebir el Reino a nuestro gusto ni tenemos por nosotros mismos la fortaleza para establecerlo.

Cristo nos enseña que es Dios mismo quien tiene su designio, su plan sobre el Reino. Los hombres no podemos decidir según nuestros caprichos sobre qué base vamos a construir "el mundo". Cristo mismo, portavoz divino, ha proclamado la constitución del Reino: es el sermón de la montaña, y sobre todo el precepto de la caridad. La liturgia de Cristo Rey lo describe como un reino de verdad, de justicia, de amor y de paz.

Además es necesaria la gracia de Dios, porque este Reino no se realiza por leyes; no bastan leyes más justas o medidas severas contra los transgresores. Nunca el hombre será totalmente bueno: siempre existirá la tentación del amor propio. Una comunidad donde no se diera el perdón sería insoportable. Por eso necesitamos fundamentalmente la conversión interior. ¡Cuán lejos estamos de todo eso! Es imposible por fuerzas humanas. La solución la propone Cristo: pedir y aceptar, como los niños lo reciben todo de sus padres (la vida, el alimento, la educación, el cariño). "Si no os hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 18, 3).

OBEDIENCIA ACTIVA EN EL REINO DE LA FE

Ahora veamos qué hay que hacer para ser obedientes a la "voluntad de Dios". La voluntad de Dios es lo mismo que el designio de Dios, que concretamente comprende la salvación de todos los hombres aquí en la tierra y después por toda la eternidad. Es el deseo de Dios "que no se pierda ni uno solo de estos pequeñuelos" (Mt. 18, 14) o como lo dice San Pablo en forma positiva: "Dios quiere que todos los

hombres se salven" (I Tim. 2, 4). Es lo mismo que el Reino de Dios. (En el Padre-nuestro las dos peticiones están íntimamente unidas: venga tu Reino, hágase tu voluntad). Cuál será nuestra tarea, en esta empresa inmensa "Dios y Cía." (como la llama Mons. Cerfaux) podemos determinarla por la actuación y las directivas del Gerente de la empresa: Cristo mismo; porque en El el Padre tiene toda su complacencia, su voluntad salvadora (1).

Tres aspectos distinguimos en la manera cómo Jesús concibe el Reino de Dios (y lo mismo se encuentra en la manera cómo lo conciben todos los Santos).

- 1) Un inmenso deseo de ver realizarse el Reino.
 - 2) La aceptación de su propia tarea, dura y limitada, en este plan.
 - 3) La actividad personal, altamente creadora, valiente e infatigable.
- 1) *Inmensos deseos.* Cristo ha venido a poner fuego a la tierra y no a traer una paz tranquila; es posible y muy probable que por causa del Reino tengamos dificultades familiares y sociales (Lc. 12, 49-53). Tal como los hombres piensan todo el día en lo que van a comer, así Cristo piensa todo el tiempo en el Reino del Padre: hacer la voluntad del Padre y acabar su obra, eso es su alimento (Jn. 4, 34).
 - 2) *Aceptación de su propia tarea, limitada y dura.* Según el plan de Dios, anunciado en el Antiguo Testamento, Cristo tenía que ser el Mesías de manera muy especial, en oposición a la opinión de muchos judíos: un hombre humilde, amigo de los pobres, desconocido para la mayoría, pacífico, luchando por la justicia, ofreciéndose a sí mismo por los pecados del pueblo. Al comenzar su vida pública, Cristo fue tentado por el demonio sobre estos puntos: rechaza las sugerencias del enemigo para usar de su dignidad y poderes mesiánicos para comer bien, hacer milagros sensacionales, o tener el gobierno de todos los reinos del mundo y su gloria.
Otra limitación de la tarea de Cristo será el dedicarse exclusivamente a un pequeño pueblo sin desarrollar su actividad en otros: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt. 15, 24) ¡y qué sufrimiento al comprobar la incompreensión del pueblo, la vacilación de los discípulos, fracasos indudables al fin de su vida como la traición y muerte más ignominiosa que puede sufrir un hombre! "Se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo. . . se humilló, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Filip. 2, 7-8).
Así también nosotros tendremos que aceptar nuestra tarea, limitada, y soportar todos los sufrimientos que en un mundo imperfecto nos producirá el cumplimiento de nuestra labor.
 - 3) *Actividad personal, creadora y valiente.* Cristo era predicador incansable: viajando constantemente, a veces no tenía tiempo ni para comer. Era pensador profundo y original: preparaba parábolas inolvidables, sentencias y aforismos que superan los siglos. Pensemos en su decisión de formar un grupo de doce, cuya institución será la roca de la Iglesia que ya tiene dos mil años; y cómo no recordar el amor incomparable en la última noche de su vida aquí en la tierra,

(1) Cfr. Mt. 3, 17; 12, 18; Lc. 12, 32; Gál. 1, 15; Col. 1, 19.

cuando inventó la Eucaristía. Todo esto, o sea la manera concreta de realizar el Reino, no estaba escrito en el Antiguo Testamento sino que es por la libre e ingeniosa decisión del amor divino y humano de Jesús; por él se canaliza el plan salvador del Padre. Valdría la pena recorrer el Evangelio buscando el amor creador de Cristo Jesús, que se detiene frente al árbol y se hace convidar a la casa del rico jefe de los publicanos, Zaqueo; que se burla de su ingenuo discípulo Felipe y rebate a los insidiosos herodianos mostrándoles su error mediante sus propios denarios (2); que se adapta al disminuir su éxito en la masa y se dedica a fondo a la formación de los doce, etc.

Es imposible interpretar la obediencia de Cristo como una actitud pasiva, aceptando todo lo que pudiera suceder como "divino" o todas las situaciones como "queridas por Dios". Hizo un azote y arrojó a todos los comerciantes del Templo, desparamando el dinero de los cambistas (Jn. 2, 13-17). Exigió, como todos los profetas, la justicia social y el amor, basado en este principio: "Cuanto quisiéreis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo por ellos, porque ésta es la Ley y los Profetas" (Mt. 7, 12).

¡Cómo un cristiano, que no sea ciego, puede aceptar este principio y no ayudar a millones de hombres que tienen más de algo que desear! Sería hipocresía manifiesta aceptar el mundo tal cual existe, y han sido precisamente los hipócritas, aunque considerados por la gente y por Jesús mismo como los legítimos jefes espirituales de su pueblo, el blanco de sus más duras y directas invectivas, de suerte que causó escándalo, como lo atestiguan los evangelios.

La actividad propia, la responsabilidad en el Reino de Dios, también nos atañe. El término obediencia es raro en el Nuevo Testamento; los judíos expresaban esta idea con un lenguaje más concreto. En el Evangelio la actitud obediente es expresada sobre todo por la fidelidad del siervo, y es muy claro en lo que Cristo exige a sus servidores fieles: no que escondan sus talentos sino que negocien con ellos; que tengan iniciativa para preparar sus lámparas en casos imprevistos; que traten de encontrar a Jesús en los necesitados, que se preocupen de los enfermos, de los encarcelados, de los refugiados y extranjeros, etc. (3). Lejos de aconsejar la pasividad, Cristo se queja amargamente de la gente que no comprende las señales del tiempo, que sigue viviendo descuidadamente, como en los días del diluvio sin tomar conciencia (Mt. 24, 36-41). Describe también el empeño y astucia de los administradores que falsifican las cuentas y hacen mil maniobras para evitar la derrota; a esto se opone la inercia y flojera de los cristianos: "Pues los hijos de este siglo son más avisados en el trato con los suyos que los hijos de la luz" (Lc. 16, 8), y agrega que hacer el bien con el dinero es la exigencia mínima: "Si no sois fieles a las riquezas injustas, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas?" (Lc. 16, 11).

CONCLUSION: LA NATURALEZA PROFUNDA DE LA OBEDIENCIA CRISTIANA

La obediencia del Evangelio es fidelidad. El hombre fiel es el que tiene fe en el Reino de Dios, anunciado e instaurado por Cristo; el fiel es también el que por

(2) Ls. 19, 1-10; Jn. 6, 7; 14, 8-9; Mt. 22, 15-22.

(3) Mt. 25, 14-30; 25, 1-13; 25, 35-40.

iniciativa propia cumple con fidelidad (= obediencia) su tarea en el Reino. Fe y obediencia van juntas.

La obediencia cristiana siempre será receptiva, es decir reconociendo en todo la iniciativa divina; su ejecución será ya por aceptación, ya por invención. La causa es muy simple: la obediencia es la medida y expresión del amor, y el amor es la total disponibilidad y apertura, que domina ya el arte de recibir sin humillarse, ya el de inventar miles de manifestaciones de cariño.

¿Hemos exagerado el aspecto espontáneo de la obediencia (y del amor)? San Pablo insistió fuertemente en la libertad de los hijos de Dios; no somos esclavos de ninguna ley. Cristo nos llamó "no ya siervos sino amigos" (Jn. 15, 25); es en cuanto amigos, en cuanto hombres conscientes, adultos, como debemos organizar toda nuestra vida por el Reino de Dios. ¡Terrible libertad, exigente amistad!

El que Cristo nos llame "siervos inútiles" no contradice esta evidencia. Significa que la iniciativa es divina; nosotros no hemos inventado el plan de salvación; después de una vida plena y santa, tímidamente podremos decir: "Lo que teníamos que hacer, lo hicimos" (Lc. 17, 10). Lo que caracteriza al verdadero cristiano es justamente que su amor por Dios aguza su espíritu y fortifica su corazón. Como dice San Ignacio de Loyola el "doctor oboedientiae" (Pío XI) en una frase célebre que muchas veces ha sido leída y comprendida al revés: "Esta sea la primera regla de la acción; ten tanta confianza en Dios, como si todo el éxito dependiera de ti, nada de Dios; pero actúa con tanta solicitud como si no tuvieras que hacer nada y Dios todo lo hiciera" (4). Es decir, la manera de obedecer y confiar en Dios no es la de esperar pasivamente hasta que Dios lo haga: la confianza supone nuestra actividad externa; y por otra parte, justamente porque se trata únicamente de la Empresa de Dios, querida sobre todas las cosas, debemos esforzarnos al extremo.

El hombre bondadoso, que observa estrictamente lo mandado y que tiene vida ascética pero no comprendió esto, se describe en una parábola del Señor: es el hermano del hijo pródigo, quien pudo decir: "Hace tantos años que te sirvo sin jamás haber traspasado tus mandatos, y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos". ¿Qué le faltaba? El comprender que su tarea cotidiana era empresa del Padre: "Hijo tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes son tuyos" (Lc. 15, 29-31). No hay ningún texto más claro para ilustrar la diferencia entre el legalismo y la obediencia cristiana.

II. FE, OBEDIENCIA Y JERARQUIA ECLESIASTICA

Sería un error gravísimo pensar que la obediencia cristiana no tiene una regla, norma concreta, o mandamientos expresados en fórmulas humanas. El hecho mismo de la encarnación indica que Dios no concibió un plan meramente interior. Un plan comunitario supone una expresión social. La empresa divina es una obra gigantesca, que se implanta en la tierra, visible, y que se desarrolla en el tiempo.

La primera regla concreta es la personalidad de Jesús. Obedecer a Dios es imposible sin el deseo continuo de identificarse con Cristo; hay otras normas, como sus

(4) "Haec prima sit agendorum regula: sic Deo fide, quasi rerum succesus omnis a te, nihil a Deo penderet; ita tamen iis operam omnem admove, quasi tu nihil, Deus omnia solus sit facturus".

palabras o los mandamientos de sus apóstoles. En nuestros días es la jerarquía eclesiástica (los obispos en unión con el jefe del colegio episcopal, el Papa, y con sus colaboradores: los sacerdotes) quien tiene la responsabilidad y la autoridad suprema en la realización (aún incompleta) del Reino de Dios. Esta es la voluntad explícita del Señor, por lo tanto la fe en Jesús y su Reino introduce en el mundo una nueva autoridad, y por consiguiente una nueva obediencia, esta vez en sentido más estricto: obediencia a hombres.

El asunto es muy amplio, pero contentémonos con algunas consideraciones:

a) *LA OBEDIENCIA A SUPERIORES HUMANOS NO DISMINUYE LA ESPONTANEIDAD DEL AMOR.*

Santo Tomás plantea explícitamente la objeción: "los servicios prestados son más gratos cuanto más espontáneos. Pero lo que el hombre hace por obediencia no es espontáneo. Por lo tanto el hombre no debe obedecer a otro hombre".

Su respuesta es muy instructiva: "La espontaneidad puede considerarse de dos modos: uno, por parte de la misma obra, porque a ello no está obligado el hombre (por la naturaleza). Segundo, por parte del sujeto, en cuanto lo ejecuta por libre voluntad. La acción se hace virtuosa, laudable y meritoria principalmente por proceder libremente, y así, aunque el obedecer sea un deber, si uno obedece prontamente, no disminuye por esto el mérito, máxime ante Dios, que ve no sólo la acción externa sino la disposición interior" (*Suma Teológica*, II-IIae. q. 104, a. 1, ad 3 um.). Es decir: todo depende del amor, de la obediencia a Dios y su Reino.

b) *NORMALMENTE NO DEBE SER TAN DIFÍCIL LA OBEDIENCIA ECLESIASTICA.*

Según la doctrina del Evangelio los superiores, en la Iglesia, tienen que servir. No debe ser como en los reinos de la tierra, donde los que ejercen la autoridad se ponen bien en alto y se hacen llamar "bienhechores" (aquí vemos que la visión que Cristo tenía de su tiempo no era de ninguna manera ingenua); "pero no así entre vosotros, sino que el mayor entre vosotros será como el menor, y el que manda como el que sirve" (Lc. 22, 25-26). Esta regla, que fue ilustrada con inmensa claridad por el ejemplo del mismo Jesús, coloca la Jerarquía de la Iglesia en una categoría de autoridad muy especial. Hay que agregar que los obispos son también y sobre todo fieles. Es su gran consuelo, dice San Agustín, ya que creen y obedecen al mismo evangelio, viven la misma gracia, comulgan, etc.

Finalmente las distinciones jerárquicas son provisorias, no perdurarán en el cielo y no prefiguran o expresan el valor definitivo, que es el amor, el más elevado de los carismas (I Cor. 12, 31; 13, 1). Estas consideraciones bastan para superar cualquier tentación de resentimiento inevitable cuando se consideran las relaciones humanas desde el punto de vista de las precedencias.

Pero tampoco por parte de los fieles debe ser tan difícil. Como cristianos tenemos que amar intensamente al prójimo, en general, sin espíritu de competencia o vanagloria "llevados de humildad, teniendo unos a otros por superiores, no atendiendo cada uno a su propio interés sino al de los otros, con los mismos sentimientos que tuvo Jesús quien, existiendo en forma de Dios... se anonadó, tomando la forma de

siervo... hecho obediente hasta la muerte" (Filip. 2, 3-8). Este texto es fundamental en el asunto de la fe y la obediencia. Por amor, el cristiano "siendo del todo libre, se hace siervo de todos, para ganarlos a todos" (I Cor. 9, 19). Si tenemos que vivir humildemente, sirviendo a todos nuestros hermanos ¿por qué no vamos a aceptar alegremente la autoridad que Cristo mismo instituyó?

De hecho la obediencia a la jerarquía, vista en concreto, ha causado una alegría indescriptible en el corazón de muchísimos hombres. Basta leer la despedida que dan los conmovidos cristianos a Pablo, besándole y orando con él en la playa (Hechos 20 y 21). Miles de cristianos nunca olvidarán determinado encuentro con sus pastores: el Papa, su obispo, su párroco o confesor. Un día un sacerdote me mostró estas líneas de una carta recibida por él: "Espero estar eternamente agradecida, porque los dones que he recibido de su parte sobrepasan todo lo bueno que un hombre puede dar a otro hombre." No es una excepción, se cumple la palabra de Jesús: "El que a vosotros oye, a mí me oye" (Lc. 10). Es un encuentro misterioso con Jesús, análogo a otros encuentros místicos, como en los pobres, en la comunidad de dos o más hombres que rezan, en la misma celebración de la Eucaristía.

c) *LA OBEDIENCIA ECLESIASTICA DEBE SER ACTIVA.*

Nunca olvidemos que nos movemos en el Reino de Dios, cuyos misioneros responsables son los Obispos; esta obra requiere la colaboración activa de todos. "Tanto más diligente parece la obediencia cuanto al obedecer más se adelanta al mandato expreso, adivinando la voluntad del superior" (*Suma Teológica* 1. c., a. 2 c.). Generalmente el problema no es la dificultad de la iniciativa eclesiástica sino la flojera nuestra. San Pablo conoce muchos carismas como la labor profética, la enseñanza, etc..., que no tienen por qué coincidir con la jerarquía pero que deben todos servir bajo el control de ésta, puesto que el "apostolado" (en nuestro lenguaje actual: la dignidad episcopal) supera todos los carismas y debe juzgar de todo (I Cor. 12, 28; 14, 37: el apóstol Pablo da preceptos a los profetas y otros carismáticos).

En la práctica esto se realizará sobre todo por aplicaciones concretas en la vida personal, familiar, parroquial, municipal, diocesana y mundial según las directivas generales de la jerarquía. Será también un diálogo respetuoso y por lo tanto sincero. Me parecen muy sugestivas las tres frases que escuché de un obispo, Mons. G. Riobé:

informar y dejar juzgar
proponer y dejar decidir
ejecutar y dejar controlar.

d) *EN CUANTO A LOS CONFLICTOS POSIBLES Y REALES.*

Es claro que la autoridad de la jerarquía eclesiástica es limitada. Santo Tomás anota lacónicamente: "Se dice en los Hechos: es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres; ahora bien; a veces las órdenes de los superiores van contra Dios, luego no se les debe obedecer en todo" (*Suma Teológica*, 1. c., a. 5). Consecuentemente los teólogos aceptan generalmente la regla: se debe obedecer a los superiores legítimos cuando se está moralmente seguro de que la acción ordenada *ciertamente* no

es pecaminosa. Para aplicar esta regla, es importante distinguir la intención subjetiva del superior, que rarísimamente será pecaminosa, y el valor moral o religioso del mandamiento, que según un teólogo tan serio como Karl Rahner, sería pecaminoso más a menudo que lo que se piensa (5).

Sin ir a fondo, echemos una mirada sobre los terrenos más frecuentes de conflicto: será la ciencia (bíblica o profana), será la acción social, serán las directivas pastorales (liturgia, etc.).

Un conflicto en el campo de la *ciencia*, aunque doloroso, es relativamente fácil de solucionar. Las opiniones del teólogo, exégeta o biólogo (ponemos ejemplos prácticos) pueden oponerse ya a una doctrina del magisterio infalible, ya a una decisión del magisterio ordinario y falible (papal, episcopal o curial). En el primer caso la sumisión debe ser total e incondicional ya que es incompatible ser católico y negar un dogma. Objetivamente este conflicto tiene que ser aparente puesto que hay sólo una verdad, natural o sobrenatural. Subjetivamente, si alguien llegara a tener la "certeza completa" de una tesis contradictoria al dogma, la única salida en conciencia sería irse de la Iglesia, puesto que ha perdido la fe en Ella. Si el conflicto atañe al magisterio ordinario falible, el espíritu de fe y obediencia conducirá a un nuevo examen del asunto, considerando todas las razones expuestas por la jerarquía. Normalmente se comprobará que la tesis del teólogo o biólogo no es más que una hipótesis. Si queda la certidumbre, el científico podrá, y a veces tendrá el deber moral de mantener su opinión (nunca podemos decir que no vemos lo que realmente vemos) pero, puesto que el magisterio eclesiástico tiene por institución divina la responsabilidad última en materia de fe y costumbre, la obediencia concreta al plan de Dios exigirá del científico no difundir sus ideas, aunque él sea técnicamente más calificado. Sin embargo, podrá seguir con sus estudios normalmente, incluso publicando resultados de carácter informativo sobre la materia, etc.

Los conflictos en el terreno *pastoral* son particularmente complicados: por una parte en él se necesita una unión mucho mayor que la que suele darse de hecho, pero por otra parte es evidente la urgencia de adaptación a los diversos países y costumbres. Ambas exigencias podrían cumplirse mediante atribuciones más amplias a los Obispos o grupos de Obispos (de un país, de un continente), cosa que muchos esperan que definirá el Concilio Vaticano II.

En este terreno me parece de una especial importancia la información completa y real que tienen que tener las autoridades eclesiásticas: mucho se aprende sobre la manera cómo debe ser la liturgia o el apostolado mediante visitas *sin pompa* a barrios populares (casas, iglesias, fábricas). Los obispos aman a sus ovejas, pero son tan numerosas que requieren de una administración laboriosa; sólo una unión muy íntima resolverá los problemas, pero esto es imposible sin esfuerzos notables de ambas partes.

En los conflictos de naturaleza *social*, tal vez es menos raro el caso de decisiones, silencios o prohibiciones objetivamente pecaminosas. Un sacerdote o un líder social puede sinceramente dudar de su obligación de obedecer cuando por ejemplo las teorías y órdenes de un superior están en oposición a las encíclicas papales. En

(5) Citado por Truhlar, S.J. *Problemata Theologica de vita spirituali laicorum et religiosorum* (Roma, Univ. Gregoriana, 1960, pág. 196).

este caso obedecer cristianamente será desobedecer a la autoridad. La ciencia de la historia hará más agudo el dolor interior: la lentitud de la evolución social de muchos católicos, incluso de la jerarquía, no sólo ha causado tristeza a los otros obispos y aún a Papas, sino mucho más, ha hecho perder a la Iglesia masas enteras de cristianos, que según el Evangelio son los preferidos del Señor.

Sin embargo, en este caso, la virtud de la prudencia y el espíritu de obediencia, sugerirá medios concretos para no actuar por soberbia o con presunción: tratar seriamente el asunto con gente competente, o con un padre espiritual con experiencia, tratando siempre de reabrir el diálogo.

En resumen, siempre la conducta del cristiano será una obediencia en la fe; sobre todo en los conflictos hay que recordar *a quién* obedecemos, que finalmente es siempre al mismo Dios, y el *por qué*: su Reino.

III. LA OBEDIENCIA RELIGIOSA

Por "obediencia religiosa" entendemos la obediencia de libre elección que ya es la congregación religiosa o el instituto secular, ya, en cierta medida, el director espiritual (confesor). En todos estos casos una mirada de fe descubre la oportunidad de una obediencia especial (por voto explícito o sin determinación particular). ¿Cuál es el sentido de una tal obediencia?

A) Ingresar en una congregación religiosa, profesar voto de obediencia, tener un confesor particular no tiene ningún sentido, si no expresa un deseo sincero de practicar con mayor intensidad la obediencia cristiana. Es en primer lugar un *espíritu* de obediencia: preferir siempre el Reino de Dios al amor propio. La obediencia, hemos dicho anteriormente, es la actitud de conformar y reformar toda una vida en función del Reino de Dios. Por eso se comprende que el voto de obediencia es mucho más fundamental que el de castidad consagrada y el de pobreza, que afectan sólo algunos aspectos —aunque importantes— de la vida. La santidad cristiana quiere convertir *toda la vida* en obediencia, porque los ojos de la fe descubren en cada circunstancia la presencia de Dios y de su Reino. Santa Teresita delinea bien el sentido de la obediencia religiosa al decir que no quiere perder ninguna ocasión de hacer un pequeño sacrificio para ser grata al Señor; esto no significa que en cada momento buscaba lo más penoso para su cuerpo o su espíritu (esto es imposible, malsano y Cristo no lo practicó) sino que en cada oportunidad quería vencer totalmente su amor propio para hacer lo que es grato a Dios, o sea, buscaba realizar en sí misma y en su alrededor el reino de la caridad. Esto puede hacerse por una sonrisa o "llevando una brizna de paja", pero estos ejemplos no expresan sino la posibilidad, a la luz de la fe, de una obediencia *continua* y *simple*; sería ridículo pensar que estos ejemplos extremos sean los típicos de la obediencia religiosa, que en la misma santa se traducía más bien en preocupación por las hermanas enfermas, por las novicias, en ofrecimiento de sus dolores físicos, en la preocupación continua por la Iglesia Universal, especialmente por las misiones, en esfuerzos tranquilos de cada hora por vivir una vida de amor a Dios a pesar de las oscuras tinieblas, etc.

Este punto es bastante claro pero no deja de tener su importancia puesto que a menudo la obediencia religiosa se considera exclusivamente como la obediencia de

una regla y el depender de superiores; esto es esencial pero carece de sentido sin el propósito fundamental de la obediencia cristiana en toda su amplitud.

B) La obediencia religiosa consiste al mismo tiempo en la elección de un *medio particular*: la obediencia a un superior, a los estatutos, al responsable o al confesor. Sin entrar en mayores detalles sobre los grados y formas de estos medios particulares, se puede afirmar:

—su valor pedagógico es considerable. El amor propio, que es el enemigo principal del Reino de Dios, es combatido directamente por la obediencia al superior o confesor.

—su gran valor apostólico, especialmente en actividades que requieren unión estrecha, como son las misiones, la enseñanza, etc. (6).

—su valor contemplativo: la práctica de una obediencia bien concreta supone y exige una visión de fe. Cuando son posibles varios medios y el superior decide esto o esto otro, podemos decir que imitamos a Jesús que, siendo Dios, obedeció durante 30 años a un matrimonio obrero en un lugar perdido y así “crecía en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc. 2, 52).

Sin embargo nunca el amor será mecánico, ningún medio aquí es infalible. La superiora no debe imaginarse que todo se solucionará cuando no tenga sino que obedecer: en la misma ejecución de las órdenes deberá inventar expresiones muy personales de su amor; la práctica exclusiva de una obediencia “ciega” —que al instante ve la pura voluntad divina en lo ordenado— puede conducir a un formalismo y desinterés de la acción misma, lo que sería muy grave en la vida de oración, de caridad fraterna y del apostolado. En la práctica los superiores y confesores tendrán que formar el amor por la obediencia y medir la obediencia al amor recibido (7).

Nuestra conclusión que sea una página espléndida del P. Charles: “No quiero que mi obediencia sea una deserción. Ni siquiera que me quite un cuidado. Debe ser una concentración de todo mi querer. Ninguna disciplina verdadera puede mutilarse. Vos no tenéis necesidad de sumisiones inertes. La verdadera obediencia es ardiente y apasionada. No consiste, desde luego en amar la persona de mis superiores, sino lo que representan como tales; su oficio que, en el fondo es también el mío, y la de todas las piedras de la construcción, el sostén y el progreso en el esplendor de la justicia y el amor: lo que Vos llamásteis vuestro reino” (8).

(6) En las misiones, por ejemplo, es de gran utilidad que los sacerdotes tengan voto de obediencia. En países ya católicos la norma tal vez se expresa en esta comparación: los seculares forman el grueso del ejército, los religiosos son las tropas especializadas.

(7) Muy interesante sobre la materia es el artículo de H. A. Parenteau, La notion de l'obeissance aveugle, d'après Saint Ignace de Loyola, en *Revue d'ascétique et de mystique*, N.º 149 (1962), págs. 31-51; N.º 150 (1962), págs. 170-195; y el número de julio de 1955 de *Christus*.

(8) *La oración de todas las cosas*, pág. 127.

una regla y el depender de superiores; esto es esencial pero carece de sentido sin el propósito fundamental de la obediencia cristiana en toda su amplitud.

B) La obediencia religiosa consiste al mismo tiempo en la elección de un *medio particular*: la obediencia a un superior, a los estatutos, al responsable o al confesor. Sin entrar en mayores detalles sobre los grados y formas de estos medios particulares, se puede afirmar:

—su valor pedagógico es considerable. El amor propio, que es el enemigo principal del Reino de Dios, es combatido directamente por la obediencia al superior o confesor.

—su gran valor apostólico, especialmente en actividades que requieren unión estrecha, como son las misiones, la enseñanza, etc. (6).

—su valor contemplativo: la práctica de una obediencia bien concreta supone y exige una visión de fe. Cuando son posibles varios medios y el superior decide esto o esto otro, podemos decir que imitamos a Jesús que, siendo Dios, obedeció durante 30 años a un matrimonio obrero en un lugar perdido y así “crecía en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc. 2, 52).

Sin embargo nunca el amor será mecánico, ningún medio aquí es infalible. La superiora no debe imaginarse que todo se solucionará cuando no tenga sino que obedecer: en la misma ejecución de las órdenes deberá inventar expresiones muy personales de su amor; la práctica exclusiva de una obediencia “ciega” —que al instante ve la pura voluntad divina en lo ordenado— puede conducir a un formalismo y desinterés de la acción misma, lo que sería muy grave en la vida de oración, de caridad fraterna y del apostolado. En la práctica los superiores y confesores tendrán que formar el amor por la obediencia y medir la obediencia al amor recibido (7).

Nuestra conclusión que sea una página espléndida del P. Charles: “No quiero que mi obediencia sea una deserción. Ni siquiera que me quite un cuidado. Debe ser una concentración de todo mi querer. Ninguna disciplina verdadera puede mutilarse. Vos no tenéis necesidad de sumisiones inertes. La verdadera obediencia es ardiente y apasionada. No consiste, desde luego en amar la persona de mis superiores, sino lo que representan como tales; su oficio que, en el fondo es también el mío, y la de todas las piedras de la construcción, el sostén y el progreso en el esplendor de la justicia y el amor: lo que Vos llamásteis vuestro reino” (8).

(6) En las misiones, por ejemplo, es de gran utilidad que los sacerdotes tengan voto de obediencia. En países ya católicos la norma tal vez se expresa en esta comparación: los seculares forman el grueso del ejército, los religiosos son las tropas especializadas.

(7) Muy interesante sobre la materia es el artículo de H. A. Parenteau, *La notion de l'obéissance aveugle, d'après Saint Ignace de Loyola*, en *Revue d'ascétique et de mystique*, N.º 149 (1962), págs. 31-51; N.º 150 (1962), págs. 170-195; y el número de julio de 1955 de *Christus*.

(8) *La oración de todas las cosas*, pág. 127.